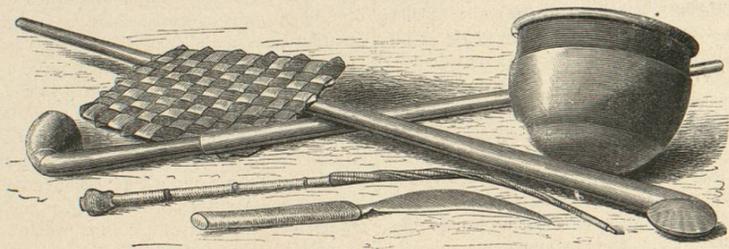


tante de una que de otra y que quizás originariamente poco tiene que ver con ellas. Podríamos á este efecto recordar - en presencia de muchas fábulas y cuentos de los negros, y especialmente de los amarillos sud-americanos, á menudo tan parecidos á los europeos - aquellas historias, de las cuales dice Livingstone en su bella monografía que precede al libro de sus viajes de misionero: «Recuerdo haber escuchado, cuando niño, con entusiasmo á mi abuelo, pues su memoria era un inagotable arsenal de historias, algunas que se parecen de un modo extraordinario á las que desde entonces he oído contar al amor de la lumbre en los campamentos africanos.» En el estado ruinoso en que se reproducen por ejemplo el mito de Hephastus y la leyenda polinesia del maní, como descripción de un hombre con una sola pierna que vive debajo de la tierra, apenas se distingue como muy lejano el murmullo de esta fuente, en su origen



Diversos utensilios de los wagandas (de la colección de R. W. Felkin)

lados. Respecto al desenvolvimiento que en todo tiempo y en esta parte del mundo haya podido tener una cultura de esta clase progresiva y productiva (prescindiendo de las modernas colonias de los navegantes europeos), ó bien todo está relacionado con el centro de civilización mediterráneo - desde el cual parten rayos luminosos á tres partes del mundo - y ha sido, por ende, si todo no miente, traído al África desde las playas orientales y septentrionales de este mar que tanta importancia tiene en la historia, y quizás en parte desde el interior de Asia; ó ha sido importado en la región africana desde el Sud de Asia y por el Océano Índico: este último movimiento, en todo caso, ha debido ser relativamente pequeño. No queremos con esto negar que haya existido una cultura africana, pues aun cuando los gérmenes hayan venido de fuera, el suelo, el clima y otras circunstancias externas, sobre todo el material humano entonces existente, imprimieron al desarrollo de los mismos determinadas direcciones y pusieron en sus productos un sello marcadamente africano. A la cultura que mejor puede aplicarse esto es á la egipcia, la más antigua y notable de todas. La inmigración desde Asia de los que primitivamente la trajeron es hoy casi unánimemente aceptada por los egipólogos. Nos basta esta aceptación, pues no es de este lugar investigar de dónde la trajeron. En cambio, habremos de estudiar á menudo, en el curso de esta obra, hacia dónde fué llevada esa civilización, es decir, las direcciones que tomaron sus rayos, y en vista de algunos hechos etnográficos tomados del interior del África, dirigir las miradas del lector hacia el antiguo asiento de la cultura en el valle del Nilo. Esta cultura, encerrada al Norte por el mar y á ambos lados por los desiertos, hubo de quedar limitada al valle del Nilo y á sus más próximas inmediaciones, de suerte que sólo le era posible extenderse por el Sud, pero no pudo llegar hasta la meseta abisinia, cuna del azulado Nilo. Cuando esta civilización, de tal suerte encerrada, hubo lle-

común; pero, á pesar de esto, no podemos dudar de que este murmullo se dejó oír en otro tiempo con mucha más intensidad. A una investigación más profunda le está reservado averiguar si también pueden aparecer elementos extranjeros en la vida jurídica de los negros, pues la experiencia de que - para valernos de la expresión de Peschel - los negros tienen en alto grado el don y la tendencia á asimilarse los tesoros de las costumbres extranjeras, al paso que son sumamente pobres en inventos propios, no debería limitarse simplemente á la esfera de la civilización material, sino que debiera alcanzar también á la cultura del espíritu.

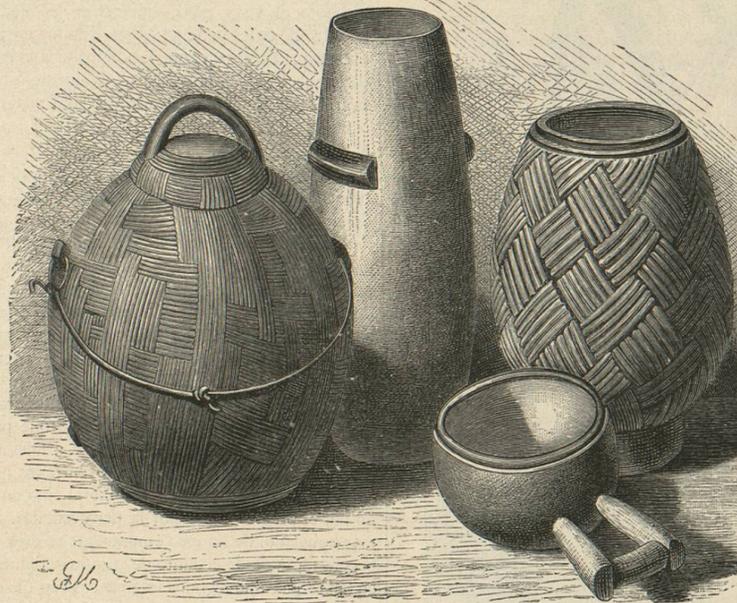
Con esta indolencia innata al modo de ser de los africanos, se relaciona íntimamente el hecho de que sólo en el Norte de África hayan podido fijarse de una manera permanente las civilizaciones de verdadera importancia histórica. En el Este hánse desarrollado algunos ejemplares ais-

gado á su apogeo, y aun hubo pasado de él, la cultura árabe, procedente del Asia occidental, reanudó su marcha desde el Norte y el Oeste hacia el corazón del África, al cual hacía tiempo que se había aproximado cuando los descubridores europeos comenzaron á seguir las huellas de los comerciantes árabes, verdaderos zapadores de la civilización, así en el bueno como en el mal sentido. Pero esa cultura sólo llevó pueblos numerosos y activos en la fundación de verdaderos centros de cultura en Estados permanentes, es decir, de grandes ciudades, al Sudán, territorio por naturaleza intermediario entre el África septentrional y la central. En la costa oriental sucedió lo propio, aunque en más pequeña escala. Los gobiernos fuertes no son cosa propia de los africanos, y á la debilidad de los mismos fué proporcionado el poder para formar pueblos. En Bornú, en donde, á consecuencia de un sistema de gobierno igualitario y centralizador, quedaron con el transcurso del tiempo destruidas muchas tribus, el número de idiomas que se hablan dentro de las fronteras del reino pasa, según Barth, de quince. Los europeos, que ya en tiempo de los griegos del siglo VIII fundaron colonias en las costas septentrionales de África y que con la dominación de Roma se establecieron en todo el Norte de aquélla, desde Numidia hasta Egipto, no pasaron en el resto de África, excepción hecha de las colonias sud-africanas, de las fronteras, y no ejercieron, ni aun en los más modernos tiempos, en la cultura de África la influencia que los árabes y los egipcios

Como, por regla general, uno de los rasgos distintivos del carácter de los negros es el de permanecer entregados á su indolencia, si no hay un estímulo exterior que los empuje, y obrar muy pocas cosas por su propio impulso, las influencias exteriores no se dejaron sentir mucho en el interior. La influencia india, que encontramos en las costas orientales, fué allí muy secundaria: los negros propiamente

dichos se apropiaron muy poco de todo lo que aquélla les ofrecía, pudiendo decirse que más bien otros pueblos naturales, por ejemplo los malayos, sacaron mayor provecho del contacto con sus vecinos. Más extraño todavía es que, si se prescinde de las civilizaciones aquí importadas por los pueblos que penetraron en África sin pasar de sus bordes - sean de sangre hamítica ó semítica, malaya ó árabe - aparece el hecho sorprendente de que hacia el interior la cultura, en punto á riqueza y variedad de conquistas, á firmeza de relaciones y á densidad de población, alcanza mayor altura que en las comarcas más periféricas. En ningún punto de la costa - descontadas las excepciones antes indicadas - encontramos un desenvolvimiento tan

completo como entre los mombuttús, los nyam-nyam, los wagandas y otras muchas tribus de los territorios centrales y meridionales del Congo: todos estos pueblos corresponden propiamente al corazón de esta parte de la tierra. ¿En dónde ha de buscarse la causa de esto? ¿Por dónde pudieron llegar algunas conquistas de la cultura de estos pueblos desde la costa al interior? Es indudable que una de las principales causas fué el comercio de esclavos, que despuebla y devasta todas las comarcas en que se introduce, azuza á unos pueblos contra otros, rompe los lazos de los Estados y de las familias, y trae consigo mucha miseria y algunos mezquinos placeres sin fuerza organizadora. La intro-ucción de grandes cantidades de aguardiente puede



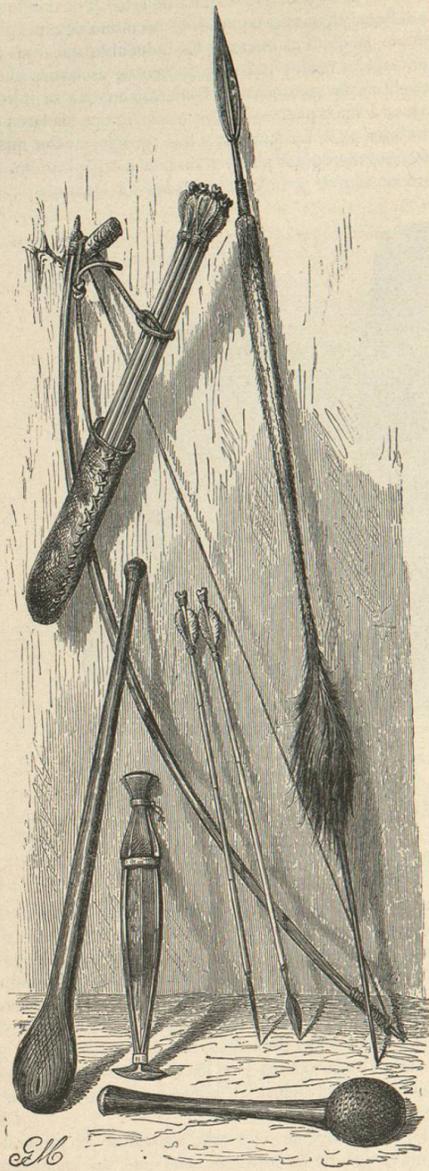
Cacharros de madera de los cafres zulús. (Museo de la Casa de misiones de Berlín)

haber rebajado, en las costas occidentales, el nivel de la cultura indígena, y las luchas para conseguir una preferencia en el comercio con los blancos han de haber ejercido funesta influencia en las tribus que habitan en la periferia. Aun haciendo caso omiso de las violencias y corrupciones, las mismas relaciones mercantiles pacíficas hubieron de influir de un modo funesto en la cultura material de estos pueblos. Respecto de este aserto que parece absurdo, han sido de provechosa enseñanza algunas interesantes observaciones que en su obra: *En el corazón del África*, hace Schweinfurth. Dice éste que en las artes autóctonas de los africanos se ve que el trato con el mundo exterior, en vez de producir frutos y de llevar nueva vida, ha ejercido una acción destructora en todas partes, y que algunos pueblos, en sus progresos por la senda de la cultura meramente externa, no han conseguido otra cosa que hacerse más dependientes de la industria europea, en cuanto toca á las necesidades de una vida refinada. «La baratura de los artículos ofrecidos, por una parte, y por otra los buenos precios á que se pagan los productos naturales, explican suficientemente este hecho. ¿A qué tomarse un herrero negro el trabajo de forjar un cuchillo, cuando por un pedazo de cauchuc, que sin molestia alguna recoge en el bosque, le

ofrecen una docena de ellos? Los pueblos mahometanos que habitan una buena parte de la mitad septentrional de África, nos dan de ello una prueba más completa todavía, haciéndose cada año menos productores. La misma influencia que los pueblos europeos han ejercido sobre ellos, la han dejado ellos á su vez sentir sobre los pueblos que, desde su ingreso en el islamismo, han ido retrocediendo gradualmente en su cultura y en los cuales las últimas huellas de una actividad industrial indígena están amenazadas de una pronta desaparición.»

¿Qué se deduce de todo esto, tratándose de juzgar á la cultura propia de los africanos, sino que sus elementos y raíces de carácter moral son harto débiles y percederos? La caducidad del florecimiento de cultura es un rasgo característico común á todos los pueblos naturales, rasgo que aparece más claro en África porque también el florecimiento se presenta más grandioso y esplendente que en ninguna otra parte. Sin embargo, una simple mirada sobre la uniformidad de las más importantes ramas de la industria africana, como por ejemplo la forjadura del hierro y el labrado de la madera, basta para ver cuán poco puede, en el fondo, esperarse de tales desenvolvimientos (véanse los grabados de las páginas 73 y 74). En realidad, y á pesar

de algunos contrastes marcados, no podemos admitir la opinión de aquellos que, con cierta admiración profética, hablan de grandes é inesperadas diferencias de cultura en el seno de la población del interior de África. La misma



Armas de los ovahereros (Museo etnográfico, Berlín)

calificación de Schweinfurth, de que los mombuttús son un pueblo cuya cultura está muy por encima de las demás que en el resto del África central se encuentran, creemos que se presta á producir equivocaciones. La verdad es que dentro del marco de la pobreza de civilización y de la inferioridad de los desenvolvimientos que el interior del África ofrece, encontramos una serie de manifestaciones favorables que, por mucho que sobresalgan por encima de cuanto la rodea, comparadas con los fenómenos de la cultura egipcio-

árabe, más inmediatos á nosotros, resultan pertenecer todavía á la barbarie.

Tales afirmaciones han de ser substanciadas para no dar lugar á equivocadas interpretaciones, y desde el punto de vista práctico, es decir, en conexión con la cuestión de la aptitud evolutiva de los africanos y con los puntos posibles de enlace para llegar á una superior cultura, no deja de ser interesante fijar concretamente, en el curso de nuestras observaciones, los puntos en los cuales dicha civilización destaca notablemente sobre el nivel general del resto del interior de África. ¿No se comete una verdadera injusticia con esas «culturas autóctonas» de los mombuttús, de los wagandas, de los wanyoros, etc., cuando por un lado se les atribuye superioridad sobre otros pueblos naturales desde el punto de vista, especialmente, de la esfera material, y por otro no se les pone por encima de los mismos en punto á espíritu? Pues esta apreciación justifica la esencia íntima de la cultura africana, ya que precisamente este desenvolvimiento relativamente elevado del lado material de la cultura junto con su antítesis, es decir, el estancamiento en la parte moral, presta á la civilización del África, considerada en su conjunto, un carácter particular. Hay algo pesado, rebajante y estabilizador en este cultivo de la agricultura y de la ganadería, al lado de un desenvolvimiento pobrísimo de las instituciones políticas y religiosas: la impresión que ello produce es de que hay en aquellos pueblos gran interés por los elementos primeros de la vida y un completo abandono de las más altas manifestaciones de la misma. De aquí la sorprendente igualdad con que esta cultura material, especialmente la agricultura, se halla extendida por la mayor parte de África. Este hecho reviste un carácter marcadamente propio de los pueblos interiores, pues está íntimamente enlazado con la dificultad que para moverse encuentran los habitantes confinados á tales territorios; y está más profundamente arraigado entre los negros, cuyas dotes se cultivan no en la parte moral sino en la corporal, no por el progreso sino por la perseverancia. El negro es más trabajador de lo que comunmente se cree y sobre todo perseverante desde el punto de vista material: no es tampoco tan torpe como algunos interesados han querido durante mucho tiempo demostrar, pero se eleva más raramente que el antiguo americano, por ejemplo, á un nivel intelectual dominador; no ha creado una mitología como los polinesios, ni una escritura, ni un monumento, ni nada que, de lejos siquiera, refleje un arte elevado.

En este predominio de la parte material hay que buscar precisamente la razón de un hecho que, de haberse podido desenvolver libremente estos pueblos, hubiera conducido, al cabo de algunos miles de años, á un estado muy próximo al de la verdadera cultura. Esta circunstancia se revela claramente en la propagación de una agricultura extendida á varios objetos y cultivada con ardor, de la cual resulta la posibilidad de una población densa, cosa rara en los territorios de los pueblos naturales propiamente dichos. Los americanos, menos aficionados á la agricultura, están, excepción hecha de los peruanos y mejicanos, diseminados en poblaciones de escasa densidad, y esto que la ganadería tenía entre ellos escasa importancia antes de que los europeos descubrieran el Nuevo Mundo. El hecho de que Méjico y el Perú estén muy por encima de los monocotapas ó de los ugandas, demuestra precisamente la mayor aptitud de los americanos para la civilización. ¡Imaginense estas semi-culturas en poblaciones diez veces más grandes! Si hoy en día la población de toda la América apenas llega á la mitad de la de África, bien puede afirmarse que antes de que á ella llegaran los europeos, que con tanta rapidez

se propagan, apenas pudo elevarse á la décima parte de la misma. Y de los doscientos millones en que se calcula actualmente la población de África, únicamente una pequeña parte corresponde á las colonias europeas y á los demás países civilizados de esta porción de la tierra; la mayor parte, corresponde con razón á los negros.

Esta masa de población relativamente extraordinaria ha sido la causa principal de que los africanos, contrariamente á su pasividad, hayan ejercido poderosa influencia en las apartadas comarcas del Occidente, pues, gracias al comercio de esclavos, pudieron alimentar una exportación de hombres que, desde hace miles de años, invade de africanos á los países vecinos y ha modificado, en algunos casos fundamentalmente, la población de éstos. Así ha sucedido principalmente en América, en algunos de cuyos importantes territorios, como Jamaica, Cuba y Carolina del Sud, los descendientes de estos negros violentamente allí conducidos suman, hoy en día, más que todos los otros elementos de población, puesto que el número de ellos, junto con el de sus afines los mestizos, asciende por lo menos á veinte millones.

Cierto que en estos territorios siguen, por regla general, en una condición baja y no pierden, por lo tanto, la pasividad que es el rasgo distintivo de su carácter histórico; pero toda la aptitud educativa que en ellos dormita se va manifestando poco á poco y por las exigencias de las circunstancias en que viven, dando resultados que quizás en tiempo no muy lejano han de obligarnos á variar el concepto que de sus cualidades y de su papel histórico nos hemos forma-

do. Y esta apreciación podría también influir en África para facilitar á todos los pueblos naturales el tan temible paso de su estado de barbarie á un estado de cultura. Las ideas religiosas de los negros tendrían en este resultado tanta más influencia, cuanto que este pueblo se ha mostrado, antes que otros muchos, asimilable á las grandes doctrinas de las dos religiones monoteístas, el cristianismo y el islamismo. Este último culto, especialmente, ha hecho en los últimos años, desde el Norte y el Este, grandes conquistas en el interior del África. Aquí, la cultura material de los blancos no ha podido ejercer una influencia tan demoleadora como en la América del Norte ó en la Polinesia, pues se ha encontrado con un pueblo adelantado en agricultura, en comercio y parte también en industria, lo cual ofrece á sus antiguas aptitudes para tales cosas un apoyo que no encontramos en una simple inundación de las olas de la cultura, es decir en una desaparición epidémica. De esta suerte, á estos pueblos de esa poco conocida parte de la tierra, ligeramente, no á fondo, alejados por el oleaje de la civilización, pudo estarles reservado un porvenir no sólo más grande que su pasado, sí que también mayor de lo que podían esperar y prever los vanidosos sabios blancos. Y al decir esto nos apoyamos en que, enfrente de los pueblos envejecidos en la civilización, aparece la masa de los africanos como un pueblo de más robusta musculatura y de sensibilidad más cándida pero más enérgica; cuya sangre joven está destinada, en más de un lugar, á fortalecer las pulsaciones de las dormidas venas de los caducos pueblos civilizados.